

Cama adentro

ANAMARÍA MCCARTHY

MAMITA FIDELA

A partir de 1923, Mamita Fidela se convirtió en el brazo derecho de mi abuela Chabuca. Con mano firme la ayudó a criar a sus cuatro hijos como si fuesen suyos: Maricucha (mi mamá), Elsa, Pancho y Félix (*Bimbo*). La astuta y apreciada Fidela —a quien todos llamábamos *Mamita Fidela*— tuvo una voz muy importante en la casa de los Oliva, no solo para mantener el aspecto impecable de los niños y sus modales, sino en el manejo económico y el orden del hogar. Mi mamá me contaba que ella y mi tía Elsa hasta sufrían dolores de cabeza por las trenzas extremadamente apretadas que les hacía Mamita Fidela, siempre adornadas con un gran lazo de satén. Parece que Fidela era todo un figurín de joven: negra, alta y delgada, cuando vestía su uniforme negro con puños y cuello de encaje blanco llamaba la atención de todos. Era en verdad «la envidia de las domésticas», al decir de mi abuela, especialmente cuando los domingos paseaba a los niños por la avenida barranquina Sáenz Peña. Los Oliva gozaron de años de tranquilidad económica en su casa de la calle Pedro de Osma, en Barranco, hasta que la desgracia les tocó la puerta por un mal manejo en el negocio de mi abuelo Pancho. Mamita Fidela se mantuvo siempre fiel a la familia en las buenas y en las malas, con o sin sueldo. Era verdaderamente parte de la familia y lo fue de por vida. A mediados de los setenta, cuando mi mamá llegaba de Nueva York a visitarme, era indispensable organizar un encuentro entre Fidela, mi abuela y mi madre. Siempre nos esperaba con una maravillosa papa rellena bien caliente, su especialidad. En su cuarto colgaba un lindo retrato de mi madre, rubia y sonriente, al lado de su cama, para decir orgullosamente a todos los que la visitaban: «Ella es mi hija gringa». A veces pensaba que Fidela quería más a mi mamá y mis tíos que a sus propios hijos. Eso es algo que siempre me ha inquietado.

Mi abuela Chabuca murió en 1998 a los 95 años, pero la familia de Fidela no quiso que ella lo supiera temiendo que la noticia la matara. Fidela murió un año después rodeada de su familia y la mía, a los 93 años.

CLOTILDE

A fines de los cincuenta, mi mamá, que residía en Nueva York, regresó a su Lima natal casada y con sus tres hijos pequeños: Frank, Kevin y quien escribe. Mi papá tenía a su cargo la construcción de piscinas olímpicas en diversas ciudades de los Estados Unidos, lo que lo mantenía ausente durante seis meses. Fue en ese viaje que Clotilde, una negrita buenamoza de 16 años, sobrina carnal y protegida de Mamita Fidela, se coló en nuestras vidas. Clotilde es la hija huérfana de la hermana menor de Fidela.

La química entre mi mamá y Clotilde surgió de inmediato, y al final de nuestro largo viaje le rogó a mi madre que la llevara con ella a Nueva York, sabiendo que nuestra situación económica y de vivienda no nos permitía tener el lujo de una empleada cama adentro. Pero ante la tremenda insistencia y el cariño que ya le tenía mi madre, se hicieron los trámites pertinentes con un juez de menores y se obtuvieron los permisos necesarios. Clotilde se embarcó con mi familia a la gran aventura de su vida y, según lo que ella me cuenta, nunca se arrepintió, a pesar de dejar atrás a sus tres hermanos, cada uno viviendo con otra familia.

Nosotros vivíamos en los suburbios de Port Washington, Long Island, en los bajos de una casa chica alquilada de dos dormitorios. Al costado del cuarto de mis padres dormíamos mis hermanos Frank y Kevin, y yo, en mi cuna, al pie de sus camas. Tenía barrotes blancos y redondos y la cabecera estaba decorada con un carnerito sonriente con un gran lazo rosado amarrado en el cuello. La recuerdo como si aún

durmiera allí. Como no había espacio, Clotilde fue acomodada en el clóset del vestíbulo sacando la puerta para introducir una cama que ocupaba todo el pequeño cuarto. En lugar de la puerta colgaron una cortina para su privacidad y repisas altas para sus efectos personales. Fue el primer dormitorio privado que tuvo en su vida.

Pasaron los años y Clotilde, poco a poco, aprendió inglés y luego terminó su secundaria asistiendo a clases nocturnas. En 1969 vivíamos todos y multiplicados en la casa de Glen Cove, bastante más grande que la de Port Washington, con mis padres, mis dos hermanos, Clotilde, su marido Francisco y sus cuatro hijos: Annette, Arlene, Francisco y Raimundo. No sé bien cómo hacía mi mamá para hospedar y alimentar a tantas personas en una casa, pero recuerdo que hubo armonía y lugar para todos. Pasaron cincuenta años y Clotilde, nacionalizada estadounidense, mantiene todavía el negocio que heredó de mi madre y sigue viviendo en Nueva York, cerca de sus hijos, quienes le dieron seis nietos y un primer bisnieto. No hay una semana que no hable por teléfono con Clotilde, mi verdadera segunda madre.

ROSA CLOTILDE

La sobrina de Clotilde, hija de su hermano menor, llegó a mi casa en Lima hace veinte años para ayudarme con mis hijos. En el mejor sentido tradicional, nuestras familias siguen vinculadas de generación en generación. Se ha producido una suerte de parentesco fundado en el cariño y la confianza. Al contrario de otros tiempos, Rosa Clotilde vive con su familia y va a Miraflores solo por horas. Tiene un esposo y dos hijos y el trabajo que hace en mi casa no ocupa su vida entera. Además de Rosa Clotilde, Jenny y Felícita son también parte de mi familia: las tres vienen en diferentes días turnándose y combinando horarios para ocuparse del bienestar de mi familia y de mi casa cuando salgo de viaje. Tres mujeres que han compartido sus vidas conmigo sin dejar de vivir las suyas.

Una experiencia de trabajo, comunicación y solidaridad probablemente apoyada en las historias de familia, pero fundamentalmente también en el mutuo respeto y cariño que tejemos día a día participando de una red cuyo lazo original fue producto del azar y la necesidad. Tal vez esa sensación de que Mamita Fidela quisiera a mi mamá y a mis tíos más que a sus propios hijos me ha impresionado mucho. Al mismo tiempo, tengo que admitir que me siento como la hija mayor de Clotilde, especialmente ahora que he perdido a mis padres y solo quedamos mi hermano Frank y yo. Saber que siempre hay un lugar en la casa de Clotilde para refugiarme allá en Nueva York es una suerte y un privilegio. ■